

**IAIN BANKS**



**El Negocio**

Kate Telman, una joven inteligente y atractiva, trabaja como ejecutiva de alto cargo en la organización comercial El Negocio, una poderosa y discreta compañía cuyos orígenes son más antiguos que los de la iglesia católica o el imperio romano, al que llegó a dominar durante un breve período de su historia. Financieramente transparente, políticamente democrática y poseedora de obras de indudable calidad, el carácter del Negocio es, no obstante, confuso y misterioso, incluso para alguien que lo conoce tan a fondo como Kate.

# **EL NEGOCIO**

Iain M. Banks

## PRÓLOGO

—¿Hola?

—¿Kate?

—Sí.

—Foy Mike.

—¿Mike?

—¡Mike! ¡Mike Danielf! Diof, Kate, no...

—Mike, son... son las cuatro y treinta y siete.

—¡Ya fé la hora que ef!

—Mike, me gustaría seguir durmiendo.

—Lo fiento, ¡pero ef muy importante, joder!

—Tú también deberías dormir un poco, a lo mejor ya no te parece tan importante cuando hayas dormido un poco. Y estés algo más sobrio.

—¡No eftoy borracho! ¿Por qué no me efcuchaf?

—Ya lo hago. Estoy escuchando a un borracho. Vete a dormir, Mike. Un momento, ¿no tenías que irte a Tokio hoy?

—¡Fi!

—Bueno. Pues duerme un poco. Voy a desconectar el teléfono, Mike. Ya no tenía que haberlo dejado conectado antes...

—¡No! ¡Por efo te llamo! ¡Tokio!

—¿Qué? ¿Qué pasa con Tokio?

—¡No puedo ir!

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no? Tienes que ir.

—¡Pero no puedo!

—Tranquilízate.

–¿Cómo cojonef me voy a tranquilifar? ¡Algún hijo de puta me ha arrancado la mitad de lof dientef!

–¿Cómo?

–¡Higo que algún hijo de puta me ha arrancado la mitad de lof putof dientef!

–¿Es una broma? ¿Quién coño llama?

–Foy yo, ¡por amor de Diof! ¡Foy Mike Danielf!

–Pues no pareces el Mike Daniels que yo conozco.

–¡Puef claro que no! ¡Me han facado lof dientef! ¡Oftia, Kate, defpierta, joder!

–Estoy despierta. Demuestra que eres Mike Daniels. Dime a qué ibas a Tokio.

–Oftia...

–A ver, cétrate. Dímelo.

–¡Vale, vale! Iba a Tokio con X. Parfitt-Folomenidef para firmar la primera parte del trato de la ifla de Pejantan con Kirita Finifagi, director ejecutivo de Fimani Aerofpafe Corporafion. ¿Fatiffecha?

–Espera.

–¿Qué? ¿Qué eftáf...? ¿Hola? ¿Fí? ¿Kate?

–... Vale. Sigue. ¿Qué es eso de tus dientes?

–Tu vof me llega con eco. Eftáf en el baño, ¿verdad?

–Muy sagaz.

–¿Dónde eftáf? ¿Eftáf en Londref?

–No, en Glasgow. Ahora explícame qué demonios ocurre.

–Algún cabrón me ha arrancado la mitad de la dentadura. Ahora mifmo me veo en el efpejo. Tengo la boca rofa y... ¡hijof de puta!

–Mike, venga, serénate. Dime qué ha pasado.

–Falí. Fui a la difco. Conocí a una chica.

–Oh, oh.

–Bueno, acabamof en fu cafa.

–De discos y juntándote con una fulana. La preparación perfecta para el viaje de negocios más importante de toda tu carrera.

–¡No me vengaf con moralinaf, joder!

–¿Que no vaya adónde?

–¡Moralinaf! ¡Moralinaf de mierda!

–Ya. Así que fuiste a una disco y ligaste. ¿Cómo nos lleva esto a que te falte la mitad de la dentadura? ¿Eran todo fundas de oro?

–¡No!

–Bueno, ¿os esperaba un novio furioso en casa de la chica?

–¡No! ¡Bueno, no lo fé! Folo me acuerdo de que nof lo montamof, bebí una copa y luego me defperté en mi apartamento ¡con la mitad de lof dientef! ¿Qué coño voy a hacer? ¡No puedo ir a Tokio afí!

–Un momento, ¿te has despertado en tu casa?

–¡Fí! ¡En mi cama! Bueno, por encima de la ropa. ¡Hafe dief minutof!

–¿No había nadie más?

–¡No!

–¿Has buscado la cartera?

–¿Eh? No.

–Mira si la tienes. Y busca las llaves.

Dejó el teléfono descolgado. Me quedé sentada mirando con el ceño fruncido las baldosas de la otra punta del lavabo. Mike regresó.

–Eftá todo.

–¿Las llaves? ¿El dinero? ¿Las tarjetas de crédito?

–Todo. Eftá todo.

–¿No falta nada del apartamento?

–Me parefe que no. Eftá todo. Aparte de lof putof dientef.

–Supongo que no conocías a la chica.

–No, nunca la había vifto.

–¿Recuerdas la dirección de su piso?

–Eftaba por Notting Hill. Creo.

–¿Qué calle?

–Yo... Ni idea. Eftaba... En el tafi iba diftraído.

–No lo dudo. ¿Vas mucho a esa discoteca?

–Bastante... ¿Kate? ¿Figuefahí?

–Aquí sigo. Mike, ¿te duele?

–Me va a eftallar la cabefa de pura anguftia. Pero tengo la boca dormida.

–¿Sangras mucho?

–Hum... No.

–¿Tienes marcas de sutura en las encías?

–¿Qué? Hum, efpera...

Yo estaba tiritando. Cogí una toalla del estante cromado de encima de la bañera y me envolví con ella, luego volví a sentarme en el váter. Tenía el ceño cada vez más fruncido. Me miré en el espejo. No resultaba atractiva. Me pasé la mano por el pelo con cierta dificultad.

Al teléfono, Mike Daniels contestó:

–Hum. Podría fer. Algunaf. Tal vef cuatro.

–Así que no te arrancaron los dientes a golpes, sino que te los han extraído.

–¿Qué clafe de loco le quita a alguien la mitad de la dentadura? ¿Feria un dentifta?

–Eso parece. Un dentista londinense haciendo horas extra de madrugada. Será mejor que no te pasen la factura.

–¡No tiene grafía!

–Pues en realidad tu voz resulta bastante divertida, Mike. Es lo que implica lo que no tiene gracia.

–Bueno, puef no fabef cuánto me alegro de refultarte divertido, joder, Kafryn, pero ¿qué cojonef hago?

–¿Lo has denunciado a la policía?

–¿La polifía? ¿Quieref defir a Feguridad?

–No, a la policía metropolitana de Londres.

–Eh, no. No penfé...

–¿Se lo has contado a alguien más?

–No, folo a ti. Y ya empiefo a arrepentirme.

–Bueno, lo de llamar a la policía es cosa tuya. Personalmente... bueno, personalmente no sé si lo haría. Pero tie-

nes que llamar a Seguridad e informarles.

—¿Qué pueden hafer?

—Nada, supongo. Pero será mejor que se lo expliques. Y llama al servicio de urgencias de la tarjeta de crédito. Atienden las veinticuatro horas del día. ¿Tienes una platino?

—Oro veinticuatro.

—Bueno, si te ponen problemas diles que llamas de mi parte. Quizá puedan buscarte un dentista capaz de arreglarlo.

—¿El qué? ¿Media boca antef de laf dief de la mañana?

—¿Es la hora a la que sale el vuelo?

—La hora de facturar.

—¿Vas en vuelo regular?

—Fí.

—¿No ganarías algo de tiempo si te enviamos en un *jet* de la empresa?

—Ya fe difcutió antef de que pafara efto. Demafiadaf efcalf para repoftar o algo afí.

—¿Cuánto tiempo tienes entre la llegada y la cita con Shinizagi?

—Unaf cuatro horaf.

—Hum... ¿Mike?

—¿Qué?

—¿Qué dientes te faltan exactamente?

—¿Eh? Bueno, ¡no fé! O fea, no fé cómo fe llaman. Uno de lof de delante... molaref... muela del juifio de la ifquierda... máf o menof la mitad. Parefe hecho al afar. Fin ningún patrón ni nada. Faltan dientef diftintof arriba y abajo, diftintof en cada lado... ¿Y bien?

—¿Bien qué?

—¿Alguna fugerenfia?

—Ya te lo he dicho: llama al servicio de urgencias. Y telefonea a Adrian, Adrian George. En realidad tendrías que haberle llamado a él directamente. Estoy de año sabático, ¿recuerdas?

—¡Ya fé que eftáf de puto año fabático! Fiento haber interrumpido tu fueño de bellefa reparador, pero foy tan eftúpido que penfé que quifa podríaf ayudarme.

—Y te estoy ayudando. Te digo que llames a Seguridad, al servicio de urgencias de la tarjeta de crédito y a Adrian. Así que hazlo. Pero, pase lo que pase, tienes que coger ese avión.

—¡Pero no puedo ir aff!

—Deja de lloriquear.

—¡No lloriqueo!

—Sí, sí que lo haces. Para ya. Tienes que estar en Tokio esta noche. Mañana por la noche, o cuando sea. Vamos a quedar muy mal si no te presentas. Kirita Shinizagi es muy detallista con estas cosas.

—¿Detallifta? ¿Un detallifta de mierda? ¿Y fi fe fija en el detalle de que los ejecutivos tengan todos los dientes? ¿Y fi en Japón ef algún tipo de infulto intercultural horrible presentarse a firmar un contrato con el cincuenta por ciento de la fonrifa?

—Creía que además de hablar japonés estabas versado en la cultura del país, Mike. Tú sabrás si es el caso o no.

—Oye, ¿no podemos enviar a otro? Ef Parfitt-Folomenides el que firma, no yo; yo folo foy un vagabundo de alto *eftanding*.

—No lo creo. Llevas en esto desde el principio. Kirita Shinizagi confía en ti. Y el señor Parfitt-Solomenides no habla japonés. Para serte franca, aunque el señor Shinizagi no te esperara, tendrías que ir porque el señor Parfitt-Solomenides espera que tú estés presente, y si tienes alguna esperanza de dejar alguna vez el Nivel Cuatro, no puedes ir molestando a los ejecutivos del Nivel Uno con tus problemas dentales. Y el señor Shinizagi espera que vayas. Si no te presentas daremos... No importa.

—¿Qué?

No conseguí disimular del todo la risa.

–¿Te eftáf...? ¡Te eftáf riendo! ¡No me lo puedo creer, joder!

–Perdona, iba a decir que daremos una mala imagen.

–¿Qué? Ya, ¡qué divertida que eres, Kate!

–Gracias. Ahora haz esas llamadas. Y coge ese avión.

–Uf, Dios.

–No es momento para supersticiones, Michael. La ortodoncia es tu única esperanza.

–Eres una bruja perversa. Te lo eftáf pafando en grande con todo esto, ¿verdad?

–En absoluto. Y no vuelvas a llamarme bruja, Michael.

–Perdona.

–Haz esas llamadas, Mike, y asegúrate de tener calmantes a mano cuando se pase el efecto de la anestesia.

–Vale, vale. Fiento haberte molefado.

–No pasa nada, dadas las circunstancias. Espero que todo se arregle, y dale recuerdos de mi parte a Kirita Shizagi.

–Fí ef que aún puedo hablar japonéf fin diente.

–Haz lo que puedas. Estoy segura de que en Japón hay dentistas estupendos.

–Ya.

–Buenas noches, Mike. Buen viaje.

–Fí. Buenaf noche. Hum... grafia.

Se cortó la conexión. Miré el teléfono indecisa, luego lo desconecté. Dejé la toalla en el borde de la bañera, descorrí el cerrojo de la puerta y regresé al dormitorio, recorriendo a tientas el camino poco familiar de vuelta a la cama.

–¿Qué pasaba? –preguntó una voz somnolienta y profunda.

–Nada –contesté metiéndome entre las sábanas–. Se equivocaban de número.

# 1

Me llamo Kathryn Telman. Soy directiva de alto rango, tercer nivel (contando desde arriba), en una organización comercial que ha tenido muchos nombres distintos a lo largo de los años, pero a la que en la actualidad solemos referirnos como el Negocio. Hay mucho que decir sobre este particular, pero tendré que pedirles que sean tolerantes porque intento llevar las cosas despacio y dar más detalles sobre esta antigua, honorable y –para ustedes– sorprendentemente ubicua empresa en su debido momento, a medida que sea pertinente. Para que conste, mido un metro setenta, peso cincuenta y cinco kilos, tengo treinta y ocho años, poseo la doble nacionalidad británica y estadounidense, soy rubia de nacimiento, no de bote, soltera, y llevo trabajando para el Negocio desde que acabé los estudios.

A principios de noviembre de 1998, en la ciudad de Glasgow, Escocia, la señora Todd, ama de llaves de la casa, recogía los restos de mi desayuno y caminaba silenciosamente sobre el suelo de pino. La CNN susurraba en el televisor. Yo me daba toquecitos en los labios con una servilleta almidonada con esmero y contemplaba los edificios de la otra orilla del río gris a través de las altas ventanas mientras caía una lluvia ligera. Los apartamentos de la empresa en Glasgow se habían trasladado unos años antes desde Blythswood Square a la zona de Merchant City, un área en la margen norte del Clyde que últimamente se ha puesto de moda.

El edificio pertenecía a la empresa desde su construcción, a finales del siglo XVIII. Durante casi dos siglos fue un almacén, después se alquiló a unos grandes almacenes de ropa barata durante una década y finalmente quedó vacío durante varios años.

En los años ochenta se remodeló, se abrieron oficinas y tiendas en la planta baja, y la primera y las tres restantes se destinaron a apartamentos tipo *loft*. Esta, la planta superior, estaba ocupada por el Negocio.

La señora Todd volvió sigilosamente para acabar de recoger la mesa.

—¿Necesitará algo más, señorita Telman?

—No, gracias, señora Todd.

—El coche espera.

—Bajaré en diez minutos.

—Voy a avisar.

Mi reloj y mi móvil coincidían en que eran las 9:20. Telefoneé a Mike Daniels.

—¿Fí?

—Ah.

—Fí, «Ah».

—No te han conseguido un dentista.

—Encontraron uno, pero no había tiempo de haber nada. Figo parefiendo un puto futbolista.

—Una pena. Suena como si estuvieras en un coche. Camino de Heathrow, supongo.

—Fí. Todo según lo previsto.

—¿Te duele?

—Un poco.

—¿Avisaste a Seguridad?

—Fí, y a Adrian G. Me fueron de menof ayuda que tú. Creo que a Adrian George no le gufto. Va a llamar a Tokio y a la ofifina de P.F. para avifar, para que no lef venga de forprefa.

–Muy considerado.

–Dijo que Feguridad querría hablar conmigo a la vuelta. De todo modo, lo van a investigar. Tuve que darle la llave de mi apartamento a no sé qué esbirro esta mañana. Ah, ¿quién es Walker?

–¿Walker?

–Está relacionado con Feguridad.

–¿Colin Walker?

–Eso es. Adrian G dijo que le parecía haberle visto en la oficina de Whitehall hace un par de días. Por lo visto le pareció muy divertido que él se encargara de la investigación.

–Lo dudo. Walker es de la gente de Hazleton. Es su jefe de seguridad. Bueno, en realidad, del brazo ejecutivo.

–¿Brazo ejecutivo? Mierda, ¿es algún tipo de departamento que no conozco? ¿Algo vedado al Nivel Cuatro?

–No. Oficialmente Walker está en Seguridad. Solo que suele considerarse... la fuerza bruta de Hazleton.

–¿La fuerza? ¿Quieres decir un esbirro de mierda?

–Eso de esbirro queda un poco serie B de los cincuenta, ¿no te parece? Pero supongo que podrías considerarlo algo así. Si tuviéramos sicarios, sería uno de ellos. De hecho, sería el jefe de la banda.

Sé un poco más de este tipo de cosas que la mayoría de los ejecutivos de mi nivel porque empecé en Seguridad. Eso fue antes de que el interés por los aparatos, la tecnología y las tendencias del futuro me empujara a cruzar las sendas profesionales de la empresa para saltar a la plutocrática vía principal. Mantener contactos en Seguridad muy bien podría considerarse una de mis inversiones de futuro más astutas.

–Hazleton. Mierda. ¿Da tanto miedo como dice todo el mundo?

–Normalmente no, pero Walker sí. Me pregunto qué estará haciendo en el país.

–He oído rumores sobre una reunión la semana que viene en... hum... en Yorkfire.

—¿De veras?

—Fí. Algo relafionado con el afunto del Paffico. A lo mejor ha venido para efo. A lo mejor Hafleton viene de Eftadof Unidof. Walker ef la avanfadilla. Para comprobar el terreno antef de que llegue Hafleton.

—Hum...

—Afi que, ¿hay alguna reunión, Kate?

—¿Dónde lo has oído?

—¿Hay reunión?

—¿Dónde lo has oído?

—Yo he preguntado primero.

—¿Qué?

—¡Va, venga! ¿Hay alguna reunión a alto nivel o no?

—Lo siento, no puedo hacer comentarios.

—... Mierda, ¿efo fignifica que tú iráf?

—Michael, deberías preocuparte por el asunto que tienes entre manos.

—¡Ja! ¡Intento no penfar en efo!

—De todos modos, tengo que irme; tengo un coche esperando. Que tengas un viaje seguro y productivo.

—Fí, fí, fí. Todo efe rollo.

Estaba de año sabático. Uno de los privilegios derivados de mi rango es que me corresponde un año libre con sueldo completo por cada siete para hacer lo que quiera. Es una institución del Negocio para los ejecutivos de mi nivel para arriba desde hace dos siglos y medio, y por lo visto funciona. Probablemente se mantenga. Desde luego yo no tenía queja, a pesar de que muchos dirían que no había aprovechado al máximo semejante privilegio.

Sobre el papel, y por razones fiscales, residía en Estados Unidos. Pasaba más o menos una tercera parte del año viajando, generalmente por el mundo desarrollado. Todavía disfrutaba con ese estilo de vida aerotransportado, pero cuando me apetecía sentir el suelo bajo los pies

siempre podía retirarme a la cabaña, modesta pero acogedora, que tenía en las montañas de Santa Cruz, en las afueras de la ciudad californiana de Woodside, cerca de Stanford, Palo Alto y el resto de Silicon Valley («modesta» y «cabaña» en el sentido opulento californiano, esto es, con piscina, jacuzzi, cinco dormitorios y garaje para cuatro coches). Si la casa es el lugar que mejor revela el carácter de alguien, bueno, esa era mi casa. Por los objetos de las estanterías podría deducirse que me gustaban los compositores alemanes, el arte realista, las películas francesas y las biografías de científicos. Y que era adicta a las revistas técnicas.

Mi base europea estaba en Suzrin House, la laberíntica y monolítica conejera de oficinas y apartamentos de la empresa con vistas al Támesis y a Whitehall, y que yo prefería a la base suiza en Château d'Oex. Supongo que Suzrin House era mi segunda residencia, aunque en términos de calidez arquitectónica eso es un poco como considerar el Kremlin o el Pentágono un *pied-à-terre*. En fin. Mi trabajo, con independencia del lugar, consistía en mantenerme al corriente de los últimos progresos tecnológicos con objeto de recomendar en cuáles debía invertir el Negocio.

Llevaba tiempo con el tema. Fue consejo mío, me alegra decirlo, que compráramos acciones de Microsoft cuando salió a Bolsa en los años ochenta y de los servidores de Internet a principios de la década de los noventa. Y mientras que otras muchas empresas informáticas y relacionadas con alta tecnología en las que invertimos han sufrido descalabros espectaculares, algunas de nuestras inversiones en industrias relacionadas con tecnología informática han generado rendimientos tan sensacionales que han convertido este programa de inversiones en uno de los más rentables. En la historia reciente, solo las carteras de acciones en la siderurgia y el petróleo de finales del siglo XIX han generado más beneficios.